

ERÓTEMAS

Entrevista a José Antonio Marina:

“La estética transfigura el mundo; la ética lo transforma”

Aunque la reflexión estética no sea precisamente la principal preocupación de José Antonio Marina, no por ello puede decirse que carezca de presencia en su proyecto filosófico. De hecho, un pensamiento con ambición de sistematicidad, máxime si el núcleo del mismo es la reflexión sobre la inteligencia, no podría nunca soslayar los problemas que se integran dentro de ese ámbito más o menos difuso que se ha dado en llamar estética. ¿Cómo excluir el campo de las emociones estéticas al analizar los sentimientos? ¿Cómo olvidar la realidad del arte al desentrañar los mecanismos de la inteligencia creadora? No obstante, ante un pensador que ha abordado parcelas del conocimiento que recorren todas las áreas tradicionales de la filosofía y, sobre todo, aprovechando la reciente aparición de su último libro, *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez* (Anagrama, Barcelona, 2004), no nos hemos podido resistir a traspasar el horizonte temático de nuestra revista, formulándole preguntas que nos parecían imprescindibles tratándose de él. La amabilidad con la que ha atendido nuestros requerimientos merece nuestra más sincera gratitud.

REVISTA FEDRO: La filosofía ha afirmado siempre la felicidad como última meta del hombre, pero ese deseo ha generado, paradójicamente, mucha infelicidad. ¿Podría decirse que el concepto de felicidad es la última ciudadela del idealismo filosófico?

JOSÉ ANTONIO MARINA: No. Ha sido siempre un signo sin referente claro. Para ser más exactos, un signo formal sin contenido. Creo que esta situación puede cambiar. Hay que distinguir una “felicidad subjetiva” y una “felicidad objetiva”. La felicidad subjetiva es un estado afectivo agradable, en el que me gustaría permanecer y en el que no echo en falta nada con demasiada intensidad. En sus casos más notables va acompañada de sentimiento de intensidad, acortamiento del tiempo y alegría. La felicidad objetiva no es un sentimiento, sino una situación. Aquella en que me gustaría seguir y donde encuentro

mis posibilidades personales suficientemente aseguradas, protegidas y auxiliadas. Por ejemplo, para un judío encerrado en un campo de concentración, su situación en la Republica de Weimar, o en cualquier democracia, le parecería “objetivamente feliz”. Eso no quiere decir que no pudiera sentirse triste, o subjetivamente desdichado. Esta distinción es importante porque permite fundar una ética universal. Su finalidad sería construir una situación que todo el mundo considerara objetivamente feliz.

También podemos decir cosas muy claras respecto a la felicidad subjetiva. Es la armoniosa satisfacción de nuestros dos grandes deseos: el bienestar y la ampliación de nuestras posibilidades. Queremos disfrutar y sentirnos creadores, orgullosos de lo que hacemos, reconocidos. En una palabra: necesitamos una vida cómoda y una vida noble. Las dos cosas.

R. F.: Si es la realidad la que determina finalmente el triunfo o el fracaso de la inteligencia, ¿no sería la moral, tal y como afirma toda la tradición que se deriva de Maquiavelo, un impedimento para el triunfo?

J.A.M: No. La ética y su brazo armado –el derecho- van a favor del triunfo social, porque es la mejor solución que se nos ha ocurrido para resolver los problemas que afectan a la convivencia. Quien va a lo suyo, quiere devolvernos a la selva donde el fuerte se come al débil. No es ese el modo humano de vida.

R.F.: La historia revela que también las ideologías pueden ser estúpidas. Ortega decía que las ideologías hacen hemipléjicos mentales. ¿Es intrínseca la estupidez a toda ideología? ¿Cómo puede determinarse el grado de estupidez de una determinada propuesta ideológica sin tener que llegar al desastre?

J.A.M: Lo malo de las ideologías es que tienden al dogmatismo, acaban por convertirse en sistemas incapaces de comprender otras posturas. En esto consiste la estupidez. La valentía para criticar las propias posturas y rendirse al argumento más fuerte es la gran solución.

R.F.: ¿Es la soberbia la peor enfermedad de la inteligencia?

J.A.M: Una de las peores. También son graves la pereza y el miedo.

R.F.: Aunque el subtítulo del libro es “Teoría y práctica de la estupidez” usted incorpora gran cantidad de ejemplos de psicopatologías. ¿No le restaría ello a la estupidez ese componente de responsabilidad moral que la caracteriza como tal? ¿Puede existir una estupidez irresponsable? ¿Cuál es la línea divisoria entre estupidez y enfermedad?

J.A.M: Desde el principio distingo entre “inteligencia dañada”, que incluiría los fenómenos patológicos, y la “inteligencia fracasada”, que es la estupidez. La frontera es a veces difusa. ¿Cuándo la desconfianza se convierte en paranoia? Tiene que atenderse, como hace, por ejemplo el DSM a la duración, la gravedad y las perturbaciones que produce en la vida del sujeto. La estupidez puede convertirse en patología. La adicción a las drogas. Antes de tomarlas no podemos hablar de patología. Se trata de un fracaso de la inteligencia que adopta una mala solución para problemas previos. Pero al final, sin duda, aparece una patología.

R.F.: Uno de los capítulos más sugestivos del libro es el que le dedica a los fracasos del lenguaje. Vivimos unos tiempos en los que el lenguaje se empobrece a pasos agigantados, en los que cada vez nos expresamos peor, en los que cada vez es más común decir que algo no se puede explicar simplemente porque no se sabe cómo explicarlo Y, sin embargo, hay ya algunos pensadores que están sosteniendo que una civilización de la imagen no tiene por qué ser peor que una civilización de la palabra ¿Qué piensa usted al respecto?

J.A.M: Que es un disparate. Nuestra inteligencia es estructuralmente lingüística, no “imaginera”, nuestro hábitat es la palabra, la convivencia es lingüística, nuestro modo de regular la propia conducta también lo es, y, por último, las grandes creaciones que mantienen nuestra vida –la ciencia, la ética, el derecho, la política, la economía- son lingüísticas. La imagen es poderosa emocionalmente y muda conceptualmente. Una convivencia plástica sería emocional y sin duda violenta.

R.F.: Otorga asimismo en su libro una gran importancia a lo que denomina el fracaso de la afectividad, en una época en la que la reivindicación de la afectividad se ha convertido casi en un tópico insoslayable. Lo que propone es un término medio entre el intelectualismo clásico y el emotivismo moderno. ¿Como se alcanzaría esa armonía entre los términos?

J.A.M: Lo he explicado con detenimiento en *El laberinto sentimental*. Necesitamos construir estilos afectivos adecuados para facilitar nuestras dos grandes metas: la felicidad personal y la dignidad de la convivencia.

R.F.: El ejemplo de Kafka se alza en su libro casi como una categoría de una inteligencia tan portentosa para la creación como incapaz para la vida. Por su parte, ha habido corrientes estéticas (esteticistas) que han reivindicado una especie de orden estético considerado, no sabemos bien por qué motivos, superior, sin conexión apenas con las cosas. ¿Puede convertirse la belleza en un refugio del fracaso?

J.A.M: La belleza es una fuente de emociones profundas. Para Kafka, la mejor solución para sobreponerse a su incapacidad de vivir fue escribir. La belleza puede ser una solución para personas que no tienen otra cosa. Lo que es peligroso es el esteticismo. Como vieron Wilde y Sartre, el esteticismo puede conducir al crimen considerado como una de las bellas artes.

R.F.: ¿Se podría hablar, desde su perspectiva, de que en toda inteligencia, en la medida en que aspira a la completa consecución de sus fines, habita una intrínseca ambición estética?

J.A.M: Más bien, una intrínseca necesidad ética. Lo que ocurre es que me gusta hablar de la ética como de una “poética de la acción”. Es la gran creación. Y el espectáculo de la bondad, tal como la interpreto –rigurosa, inventiva, ligera, valiente, y llena de gracia– me produce un sentimiento que podemos considerar estético. Lo que me parece esencial

en la experiencia estética es la “euforia de la posibilidad”. El que un artista con tan poco –un lápiz o una guitarra- consiga transfigurar la realidad.

R.F.: ¿Existe, mas allá de las categorizaciones académicas, una verdadera diferencia entre ética y estética?

J.A.M: Suelo decir que la estética transfigura el mundo y la ética lo transforma. Esa transformación puede ser bella.

R.F.: ¿Cuál sería la relación entre belleza e inteligencia?

J.A.M: La inteligencia debe ponerse al servicio de las grandes emociones humanas. Nuestra naturaleza nos impulsa a crear y admirar determinadas obras, no sabemos por qué. Lo cierto es que en todas las épocas, todas las sociedades, han pintado, cantado, bailado, contado historias. Es una de las grandes pretensiones de la humanidad, es decir, un deseo vacío que se va llenando con ciertas acciones. La poesía va buscando sus experiencias, y lo mismo hace la música y el resto de las artes. Una necesidad genética se conforma culturalmente. La inteligencia colabora a ese desarrollo.

R.F.: Dice Santayana que “la clarificación de ideas y valores es tan esencial a la actividad estética como a la inteligencia. Un fracaso de la razón es un fracaso del arte y del gusto”. ¿No cree usted que la estética desde el romanticismo hasta nuestros días ha venido ensalzando un serie de valores meramente emotivistas que han tenido como consecuencia que en la actualidad la obra de arte le interese a poca gente más que al artista que la crea?

J.A.M: No creo que un fracaso de la razón tenga consecuencias estéticas. La razón no crea. Sólo justifica lógicamente lo creado. La inteligencia, que es un concepto más amplio y poderoso que el de razón, sí crea. Los grandes artistas han sido muy lúcidos acerca de la tarea del artista, de la tradición de su arte, y de su proyecto. Para mí, Monet es el gran genio de la pintura moderna. El que conscientemente rompe el arte figurativo por la profundización en la figuración. Su proyecto es extraordinariamente clarividente:

pintar la luz que revela el paisaje, no la piedra revelada por la luz. Es un proyecto inteligente e inacabable. En cambio, el cubismo fue un proyecto de muy poco recorrido. Se agotó enseguida. Y no digamos nada de los dadaísmos y de las pinturas aleatorias.

R.F.: ¿Existe realmente una diferencia entre la inteligencia enfrentada a la obra de arte y la inteligencia enfrentada a la vida o la ciencia? ¿Por qué cree que se ha llegado a identificar el arte con la emoción sin inteligencia y la ciencia con la inteligencia sin emoción?

J.A.M: Son lógicas distintas. Hay emociones más o menos inteligentes. En este momento escribo un libro sobre la experiencia pictórica. La pintura desde dentro. Desde la sorpresa del que en una cueva prehistórica apoyó su mano manchada en una pared y sintió euforia ante la huella dejada, hasta los tanteos y derivas actuales. Apropiarse de esa experiencia permite captar mejor los triunfos y las derrotas de una determinada pintura. No se pude comprender el afán por la forma descoyuntada si no conocemos el cansancio de las formas.

R.F.: En su pensamiento se percibe una innegable ambición de sistematicidad, en un tiempo en el que predomina el pensamiento fragmentario y débil. ¿Cree que la filosofía debería recuperar la ambición de totalidad?

J.A.M: Desde Luego. De lo contrario estamos haciendo una gavilla de teorías *ad hoc*. La sistematicidad está expuesta por la naturaleza del conocimiento. Si hago una teoría sobre el vuelo de los gorriones tiene que valer también para el vuelo de las águilas, los estorninos, las cometas y demás volátiles.

R.F.: En este sentido, teniendo en cuenta que usted ya ha tratado en su obra teoría del conocimiento, ética, filosofía de la religión, etc, ¿Para cuando la teoría estética de Marina?

J.A.M: El libro sobre la experiencia pictórica puede ser el comienzo.

REDACCIÓN FEDRO